

Lo que está en juego en la crisis¹

Tenemos que pagar por los pecados del pasado
Klaus Schwab, presidente del World Economic Forum²

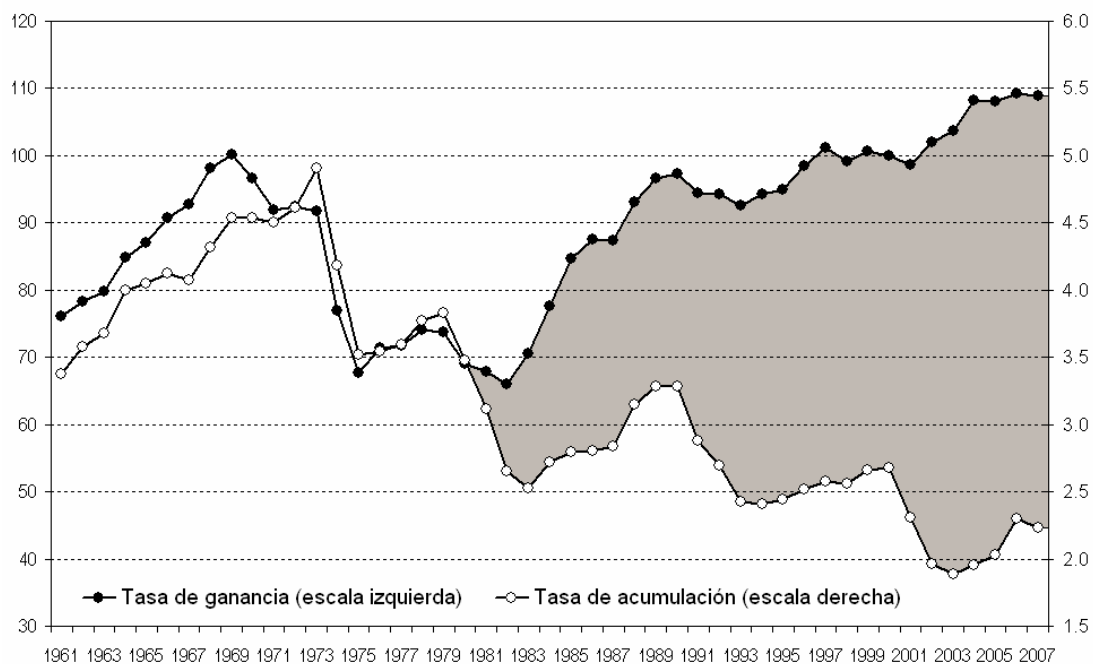
por Michel Husson
a aparecer en *El viejo topo*

La crisis ha basculado de las finanzas a la economía real: el crack bursátil se ha transformado en recesión. Es el momento de examinar tres cuestiones: el análisis de la financiarización, la trayectoria de la crisis y las alternativas.

La base económica de la financiarización

Las burbujas financieras están alimentadas por la creación permanente de «capitales libres» en busca de una rentabilidad *extra* (tal como Marx hablaba de plusvalía *extra*). Su fuente principal es el crecimiento tendencial de la ganancia no acumulada, a su vez resultado de un doble movimiento: por una parte, la regresión generalizada de los salarios³ y, por otra, el estancamiento –incluso la regresión– de la tasa de acumulación a pesar del restablecimiento del índice de ganancia. Si bien el índice de ganancia y las tasas de acumulación evolucionaron paralelamente hasta el inicio de los años 1980, después comenzaron a diverger. La separación entre las dos curvas (la zona gris del gráfico 1) mide el aumento de la fracción no acumulada de la plusvalía, que constituye un buen indicador de financiarización.

Gráfico 1
Tasa de ganancia y tasa de acumulación
Estados Unidos+Unión Europea+Japón



Tasa de acumulación=tasa de crecimiento del volumen de capital neto.

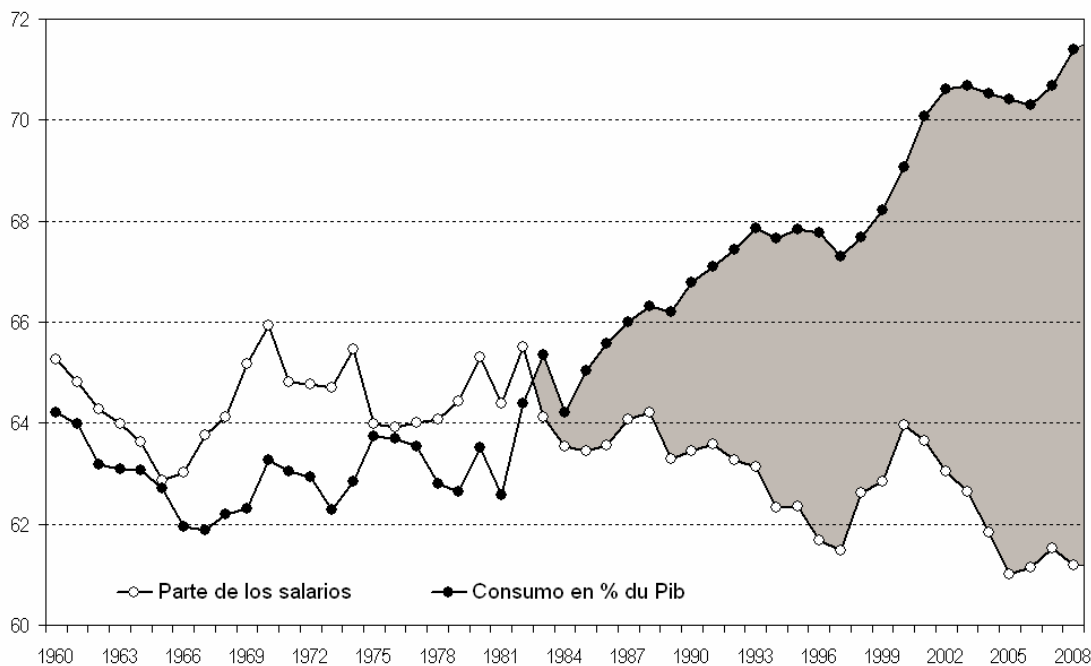
Tasa de ganancia= beneficio/capital (base 100 en 2000).

Fuentes y datos de los gráficos: <http://hussonet.free.fr/brcriesp.xls>

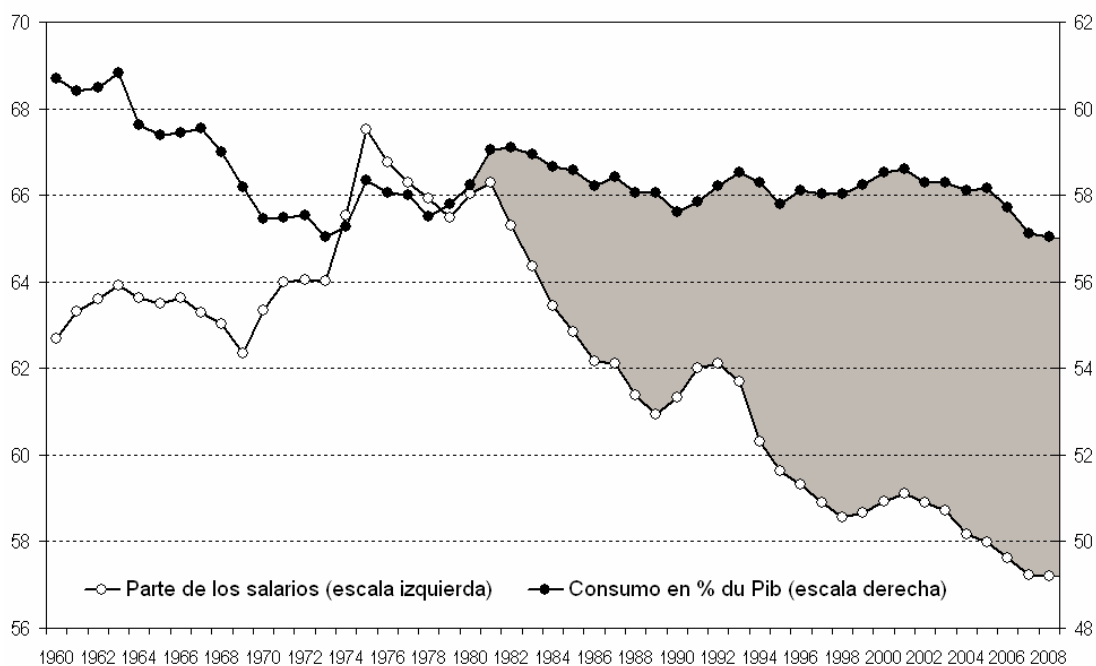
Esta configuración inédita plantea a priori un problema de realización: si la parte de los salarios baja y si las inversiones se estancan, ¿quién va a comprar la producción? En otras palabras, ¿cuáles son los esquemas de reproducción compatibles con ese modelo? Esta pregunta sólo tiene una respuesta posible: el consumo derivado de ingresos no salariales debe compensar el estancamiento del consumo salarial. Y eso es sin duda lo que ocurre, como lo muestra el gráfico 2.

Gráfico 2
Parte de los salarios y del consumo privado en el Producto Interno Bruto (PIB)

A- Estados Unidos



B- Unión Europea



Fuentes y datos de los gráficos: <http://hussonet.free.fr/brcriesp.xls>

A modo de síntesis, pueden resumirse así los acontecimientos: en los Estados Unidos, la parte de los salarios permanece relativamente constante, pero el consumo de los núcleos familiares aumenta mucho más rápido que el PIB. En Europa, es la parte del consumo en el PIB la que permanece más o menos constante, a pesar del marcado retroceso de la parte salarial. En ambos casos la separación se profundiza entre la parte de los salarios y la parte del consumo (zonas grises), para compensar así la separación entre ganancia y acumulación. Las finanzas son las que sirven para realizar esa compensación, y ellas asumen tres vías principales. La primera es el consumo de los rentistas: una parte de la plusvalía no acumulada se distribuye a los poseedores de ingresos financieros, que la consumen. Es un punto importante: la reproducción solo es posible cuando el consumo de los rentistas apoya el de los asalariados con el propósito de obtener salidas suficientes y el aumento de las desigualdades es por tanto consustancial a ese modelo.

La segunda intervención de las finanzas consiste en introducir una cierta interferencia entre salarios y rentas: una parte creciente del ingreso de los asalariados asume la forma de remuneraciones financieras, que pueden ser analizadas como una distribución de plusvalía más que como un verdadero salario.

Finalmente, y esto es sobre todo cierto en los Estados Unidos, las finanzas permiten el desarrollo exponencial del endeudamiento de los núcleos familiares, cuyo consumo aumenta, no a causa de una progresión de los salarios, sino por un descenso de la tasa de ahorro.

Las finanzas, por tanto, no son un parásito en un cuerpo sano. Se alimentan de la ganancia no invertida, pero, con el tiempo, adquieren un grado de autonomía que refuerza ese mecanismo. Los capitales libres circulan en busca de la rentabilidad máxima (la famosa norma del 15%) y logran, al menos temporalmente, obtenerla en algunos segmentos. Los propios bancos captan una parte creciente de las ganancias. Esa competencia por un rendimiento máximo eleva la norma de rentabilidad y enrarece un poco más los lugares de inversión considerados rentables, generando así nuevos capitales libres que, a su vez, partirán en busca de una hiper-rentabilidad financiera. Ese círculo vicioso se basa una vez más en una distribución de los ingresos desfavorable para los trabajadores y para el reconocimiento de sus necesidades sociales.

Esa propensión del capitalismo a invertir una menor proporción de sus beneficios subraya el carácter sistémico de la crisis y cuestiona los mecanismos esenciales de ese modo de producción. El origen de esa crisis es, en el fondo, la separación creciente que existe entre las necesidades sociales de la humanidad y los criterios propios del capitalismo. La demanda social se basa en mercancías que no son susceptibles de producirse con el máximo de rentabilidad. Los aumentos de productividad resultantes de las nuevas tecnologías y de la innovación conducen a una oferta (rentable) que cada vez está menos en correspondencia con esa demanda social y que, de golpe, no se muestra lo suficientemente rentable.

Esa separación se profundiza en base a dos dimensiones principales. La primera, en los países desarrollados, es el desplazamiento de la demanda de los bienes manufacturados hacia servicios a los cuales se asocian menores mejoras de productividad y, por consiguiente, menores perspectivas de ganancia. Ninguna salida asumió el relevo a una escala lo suficientemente grande para desempeñar el mismo papel de la industria automovilística durante la precedente fase «fordista». La segunda dimensión es geo-económica y emana de la mundialización: tiende a crear un mercado mundial; en otras palabras, un espacio ampliado de valorización. Los menores niveles de productividad de los sectores menos avanzados se enfrentan directamente a exigencias de rentabilidad basadas en los resultados de los países o de las empresas más eficientes. Ello provoca un efecto de expulsión que hace que cierto número de producciones y, por tanto, de necesidades sociales que éstas podrían satisfacer, no son ya elegibles considerando los criterios de hiper-rentabilidad a los que se enfrentan.

En esas condiciones, la reproducción del sistema pasa por un doble movimiento de extensión del campo mercantil y de rechazo a responder a las necesidades no rentables. El capitalismo contemporáneo, por consiguiente, ha reunido las condiciones que reivindica para un funcionamiento óptimo según su punto de vista. Más que un mejoramiento del bienestar social, la competencia pura y perfecta, despojada de reglamentaciones, de rigideces y de otras distorsiones, pone de manifiesto una ausencia total de legitimidad, ya que la regresión social está explícitamente reivindicada como la principal condición para el éxito del sistema. En ese marco, las finanzas no son solamente la contrapartida de la explotación incrementada de los trabajadores, sino también un vertedero para los capitales en busca de la rentabilidad máxima. Las exigencias desmesuradas de rentabilidad que imponen a la economía real refuerzan a su vez el débil dinamismo de la inversión y las desigualdades sociales como condición de reproducción del sistema.

La recesión asume el relevo de la crisis financiera

«¿Cuál es la diferencia entre un meteorólogo y un economista? Respuesta: los meteorólogos al menos están de acuerdo sobre el tiempo que hace hoy». Con el riesgo de exponernos a esta broma bastante justa, quisiera plantear aquí proposiciones que se asemejan a un pronóstico. No se trata de querer jugar a ser profetas de la economía, sino de detectar un cierto número de tendencias ya presentes en el desarrollo de la crisis actual.

El lunes 13 de octubre, inmediatamente después del anuncio del plan de salvaguarda europeo, las Bolsas habían expresado su alivio por las excepcionales alzas ocurridas. Después cayeron de nuevo y no han dejado de fluctuar. Esos movimientos erráticos se explican por los sentimientos contradictorios entre los que oscilan los mercados financieros. Por un lado, la Bolsa se siente tranquila por la amplitud de las sumas puestas a disposición de los bancos, y las cotizaciones habían bajado tanto que era razonable comprar; pero por otro lado, la recesión incita al pesimismo sobre la evolución de la economía real.

Esa incertidumbre tiene fundamento, pues las diferentes crisis se insertan unas en otras como muñecas rusas. La crisis propiamente financiera llevó al capitalismo al borde de la embolia, pero es la crisis económica la que bruscamente asume el relevo: lo que en lo adelante está en el orden del día, es la recesión. El FMI también ha revisado a la baja sus previsiones⁴: en los países desarrollados, el índice de crecimiento sería negativo en 2009 (- 0,5 %) después de una gran ralentización en 2008 (1,4 %). El crecimiento mundial, apoyado por los países emergentes y en desarrollo se lentificaría al 2,2 %. Para el FMI, «la recuperación todavía no se vislumbra» y sólo puede ser «gradual cuando se produzca».

Los efectos de la crisis financiera y de la recesión son ya indiscernibles. Las empresas afrontan restricciones de créditos a corto plazo (problemas de tesorería) y a largo plazo (limitaciones en el financiamiento de las inversiones) y también la baja de los pedidos, en proporciones diferentes según los sectores. El de la construcción y el del automovilismo son los primeros afectados, y el fenómeno no abarca sólo a las pequeñas y medianas empresas. Así, en los Estados Unidos, la industria automovilística soporta dificultades tanto por las restricciones de crédito (*credit crunch*) como por la disminución de las ventas, hasta tal punto que se ha estudiado una fusión entre la Ford y la General Motors.

La recesión durará mucho tiempo

En 1987, el crack bursátil ya había hecho fracasar la mayoría de los pronósticos al desembocar en una clara recuperación de la economía mundial a partir del año siguiente. A inicios de los años 1990, Japón había sufrido una crisis inmobiliaria y bancaria que lo hundió en un decenio de crecimiento casi nulo. De esos dos escenarios, el más probable es el segundo. En el caso japonés, se pudo invocar una política económica inadecuada y la sobrevaloración del yen impuesta por los Estados Unidos.

Pero la probabilidad de un escenario «a la japonesa» para el conjunto de los países desarrollados se basa en otras determinaciones que pueden resumirse así: la configuración particular de la economía mundial de los 15 últimos años, simple y llanamente, ya no es viable. La crisis actual posee en efecto una amplitud particular y no se limitará a una simple purga.

En el meollo de esa configuración está el modelo estadounidense que se basaba, para decirlo deprisa, en un sobreconsumo a crédito financiado por el resto del mundo⁵. Pero la crisis resquebraja profundamente esos dos pilares. El endeudamiento de los núcleos familiares se va a ver detenido durante mucho tiempo, y el mantenimiento de una afluencia permanente de capitales se hace incierto.

El primer punto está más o menos garantizado: la purga del sistema de crédito agotará durante largo tiempo el recurso al endeudamiento. El segundo punto es el principal desconocido. Para reducir la necesidad de financiamiento externo, los Estados Unidos necesitan reducir el déficit comercial. Ese resultado puede obtenerse de dos maneras: ya sea por una ralentización duradera del crecimiento que frenaría las importaciones, ya sea por una baja prolongada del dólar que doparía las exportaciones. En calidad de potencia dominante, aunque los fundamentos de esa dominación se vean amenazados, los Estados Unidos privilegiarán espontáneamente la segunda vía, en otras palabras, la baja del dólar, que deberá pues reiniciarse. Pero la vía es estrecha, porque existe un umbral más allá del cual los países emergentes mostrarán reticencias en cuanto a situar sus excedentes en los Estados Unidos, a causa de una rentabilidad considerada incierta o insuficiente.

Al mismo tiempo, los Estados Unidos no están interesados en una bajada demasiado grande del dólar, pues ello significaría una pérdida de valor de sus haberes en dólares. Una baja del dólar implicaría igualmente una prórroga de los efectos de la recesión sobre la zona euro y Japón, que esos países acabarían por considerar intolerables. Dicho de otro modo, el dólar bajará de nuevo pero no más allá de un determinado límite, de forma tal que ese descenso será insuficiente para reequilibrar adecuadamente el déficit comercial estadounidense.

Una incertidumbre simétrica se refiere a la trayectoria de los países emergentes, y en primer lugar, de China. A largo plazo, su modelo de crecimiento impulsado por las inversiones extranjeras y las exportaciones también caducará, por dos razones. La primera es la disminución de sus salidas, proporcional al ralentizamiento de las economías desarrolladas. La segunda es la agudización de las tensiones sociales internas derivadas de un extravagante grado de desigualdades sociales. La perspectiva de la economía china es, por tanto, la de una recentralización en el mercado interno, apoyada por un crecimiento de los ingresos de los trabajadores más acorde con el crecimiento económico del país. Se trata prácticamente de una certeza, pero una gran incertidumbre pesa sobre el ritmo de esa evolución.

En esas condiciones, los planes de recuperación anunciados en todo el mundo (Estados Unidos, Europa, China) corren el riesgo de no incidir en la coyuntura económica. No tocan los fundamentos de la financiarización, y sin duda no bastarán para compensar el desendeudamiento

de los núcleos familiares y de las empresas y, a falta de una verdadera coordinación, probablemente conducirán a una competencia exacerbada en la que cada país busque echar sobre los demás los efectos de la crisis. En esa situación, un escenario de deflación sigue siendo altamente probable.

El mito de la «regulación»

Antes del estallido de la burbuja inmobiliaria en julio de 2007, había ocurrido el de la burbuja internet en 2001. El período intermedio puede analizarse en los Estados Unidos como un proceso necesario pero verdaderamente peligroso, basado en: 1) la baja de las tasas de interés; 2) la bajada del dólar; 3) la explosión del endeudamiento de los núcleos familiares; 4) la caída de sus índices de ahorro; 5) el aumento de los gastos militares. El crecimiento se recuperó al mismo tiempo que la Bolsa, pero ese restablecimiento condujo a los Estados Unidos al profundizamiento de los «déficits gemelos»: déficit presupuestario en el interior, déficit comercial en el exterior.

Si no se hace nada para corregir ese modelo, las mismas causas tendrán los mismos efectos, y la liquidez de hoy alimentará la burbuja de mañana y conducirá al crack de pasado mañana. Y las mismas críticas dirigidas retroactivamente a Greenspan se lanzarán contra las decisiones de Paulson, Bernanke, Gordon y compañía. Dos preguntas surgen entonces: ¿se pueden «regular» las finanzas? Y sobre todo: ¿existe un modelo de acumulación coherente con tal regulación?

La debacle tuvo al menos un efecto positivo: ha pulverizado y para mucho tiempo la idea de que la desreglamentación conducía al funcionamiento óptimo de las finanzas. Algunos irreductibles aparte, los abogados arrepentidos de la liberalización integral sólo tienen una frase en la boca: hay que regular esas finanzas enloquecidas. Tienen razón y dan la razón a los altermundistas que denuncian desde hace tiempo la hipertrofia de las finanzas.

Normalmente, los bancos desempeñan un papel de intermediario; en pocas palabras, transforman recursos a corto plazo en créditos a largo plazo. Pero su papel ha sufrido una profunda modificación, y se han convertido en intervinientes activos en mercados financieros cada vez más especulativos. Lo que quedaba de reglamentación se modificó mediante la utilización de técnicas sofisticadas y difícilmente controlables. En el origen de la crisis de las *subprimes*, está por ejemplo el mecanismo perverso de «titularización» que permite a los bancos librarse de sus créditos dudosos mezclándolos con otros, y después venderlos bajo la forma de un título. El riesgo ligado a esos diferentes créditos se pone en circulación y ya no forma parte del balance del banco en las iniciativas del crédito, escapando así a las prudentes reglas que le imponen una determinada proporción de fondos propios.

La regulación consistiría en llevar de nuevo las finanzas a un funcionamiento «normal». Las medidas discutidas se refieren al efecto de palanca (que permite multiplicar los efectos de la suma de que dispone inicialmente una institución financiera); a los productos derivados que permitirían operaciones complejas de compra y de venta a término; a la separación estricta entre bancos comerciales y bancos de inversiones; a las normas de contabilidad; a las reglas de prudencia; a los paraísos fiscales. Sobre cada uno de esos puntos, un cierto número de expertos ha hecho propuestas técnicas avanzadas desde hace mucho tiempo.⁶

El problema es que los dirigentes capitalistas no tienen ningún deseo de tomar medidas reales, o desean hacerlo solo de manera parcial y provisional. La razón de fondo es que las finanzas están inextricablemente ligadas al capitalismo «productivo» y que no es posible distinguir el capitalismo empresarial y el capitalismo financiero, como trató de hacer Nicolas Sarkozy en su discurso de Toulon⁷. Las ganancias de unos y otros tienen una base común, que es el aumento

tendencial del índice de explotación. Ellos tienen, pues, intereses comunes y Henri Paulson, por ejemplo, es el ex PDG del banco Goldman Sachs. En Francia, las sociedades no financieras pagaron 196 mil millones de euros de dividendos en 2007, pero recibieron una cifra de 148 mil millones. En rigor, ellos pueden conceder algunas medidas que limiten a los *golden parachutes*. Es un medio poco costoso de reaccionar ante un escándalo evidente pero relativamente secundario, evitando tomar medidas estructurales.

No se trata de un juicio de intenciones. Los principales países desarrollados, Estados Unidos, Europa, Japón, tomaron una decisión presionados por la urgencia de los planes de salvaguardia que combinaban la disponibilidad de liquidez y tomas de participación pública, bautizadas a veces como «nacionalizaciones». Pero ese aporte masivo de dinero público no implica ninguna contrapartida. No hay absolutamente nada, ni en el plan Paulson, ni en el plan europeo, que pudiese imponer a los bancos una reglamentación más estricta como contrapartida de la ayuda pública que se les da. No hay nada sobre el control de las operaciones especulativas, nada sobre el cese de la titularización, y mucho menos, por supuesto, sobre eventuales prioridades sociales y ecológicas.

Dominique Strauss-Kahn, presidente del FMI, sugiere «perseguir y hacer desaparecer los paraísos fiscales» y Nicolas Sarkozy planteó la misma idea. Pero tampoco en estos casos se ve cómo esas declaraciones atronadoras podrían, en semejante contexto, tener algún efecto. Si el discurso sobre la necesaria regulación y sobre reencontrada una unidad europea fuesen algo más que discursos vacíos, habría una magnífica oportunidad para imponer una reglamentación perfectamente legítima en esa situación de urgencia. Las propias «nacionalizaciones» solo son parciales y provisionales: están destinadas a rescatar a los bancos, a ayudar a su reestructuración y finalmente remitirlos al sector privado una vez saneados y reestructurados. El objetivo de esos planes es restablecer el beneficio de los bancos, como dijo un economista de un banco francés, poco sospechoso de anticapitalismo⁸. En lugar de nacionalización, debería hablarse de privatización de los fondos públicos.

¿Qué solución tiene el capitalismo?

Partiremos aquí del escenario imaginado por Patrick Artus, que citamos de nuevo porque sus enfoques son a menudo estimulantes⁹. Para asumir el relevo del endeudamiento de los hogares, Artus contempla un modelo «anti-fordista» en el que el beneficio de las empresas se basaría en «la compresión de los costos salariales y en la deformación de la distribución de los ingresos en favor de los beneficios»¹⁰. Pero la instauración, o más bien, la reproducción de ese modelo exige diversas condiciones: mejoras de productividad; «la aceptabilidad social y política de la compresión de los salarios»; un crecimiento lo suficientemente rápido de las exportaciones; y, por tanto, el mantenimiento de un crecimiento sólido en los países emergentes.

Ese esquema sin duda revela una contradicción esencial del período: si se niega la revalorización de la parte de los salarios en el ingreso nacional debido a que pesaría sobre la rentabilidad, el crecimiento y las salidas no pueden provenir de la demanda interna. Por consiguiente, hay que exportar. El razonamiento es impecable, pero conduce a un atolladero porque todos los países no pueden al mismo tiempo exportar más. Esa contradicción es central y permite decir que la salida «natural» de la crisis, en la lógica capitalista, es una nueva exacerbación de la competencia, de la explotación de los trabajadores, del recurso a las deslocalizaciones, etc. Además, Artus es coherente y subraya que «esta competencia para ganar partes del mercado» conduce a políticas de cambio agresivas, a la disminución de los costos domésticos, a políticas fiscales no cooperativas»¹¹.

Podría decirse lo mismo de los planes de recuperación en Estados Unidos y en Europa, que retoman la propuesta argumentada del reciente premio Nobel de economía, Paul Krugman¹². Un plan semejante permitiría evitar el error cometido por Roosevelt, quien esperó dos o tres años antes de hacer que al salvamento financiero siguiese un New Deal económico. Pero esta vía choca con varios obstáculos. El primero es que los recursos dedicados a los planes de salvamento dejan poco margen de maniobra, a menos que imaginemos un extravagante déficit público cuyo financiamiento deberá ser impuesto nuevamente al resto del mundo.

El segundo obstáculo emana de la contradicción entre una competencia exacerbada y la posibilidad de políticas cooperativas. Esto es particularmente cierto al nivel europeo, donde con urgencia y a empujones los gobiernos finalmente decidieron un plan de salvaguarda común. En esa ocasión sacaron a la luz la vacuidad institucional de la Unión Europea: inexistencia de la Comisión europea, y abandono provisional como mínimo de los dogmas monetarios y presupuestarios.

Es por ello que no puede verse en ello «la reinención de Europa», como lo hace Bernard Guetta¹³. Él sostiene que «los "europeístas", esos sarnosos, esos pelados, esos que se autodenominan oficiantes del capital, tuvieron razón al afirmar, contra los euroescépticos, que la moneda única no tardaría en implicar políticas comunes». Y esboza así la etapa venidera: para combatir la crisis económica, «será necesario (...) definir en conjunto modalidades de redespegues y políticas industriales comunes –los medios de no dejar fluir los déficits, sino por el contrario, reabsorberlos invirtiendo en común en el futuro y en la competitividad industrial».

En verdad, nada de eso está en el orden del día, y el plan de recuperación europea consiste, en lo esencial, en la yuxtaposición de planes nacionales. El motivo de ello es sencillo: los países europeos no se sitúan del mismo modo con respecto a la crisis porque su inserción en el mercado mundial, su especialización industrial, su sensibilidad a los valores de cambio del euro, son diferentes. La crisis, por el contrario, acentuará el proceso de divergencia de las economías nacionales ya existente desde la creación del euro.

Finalmente podría enfocarse una especie de retorno al «fordismo» que pasaría por una progresión de los salarios más en sintonía con la actividad económica y, por tanto, por una recentralización orientada a la demanda interna y a la satisfacción de las necesidades sociales domésticas. Eso sería un verdadero modelo de «salida de la crisis» que enfocaría el problema de raíz cerrando los dos grifos de la financiarización, que son la regresión salarial y los desequilibrios internacionales. Este esquema podría aplicarse tanto en Estados Unidos como en Europa o China. Pero la tasa de beneficio asociada a ese modo de crecimiento sería globalmente menos elevada y la parte que correspondería a los rentistas se vería considerablemente reducida. Tal esquema no es incompatible con el capitalismo, ya que, en general, es el que prevaleció durante la posguerra. Pero no puede nacer de una conversión espontánea de las clases dirigentes.

Se encuentra ahí una proposición esencial que explica, en el fondo, la incapacidad de la socialdemocracia para controlar la situación. Normalmente, ella debería beneficiarse de la crisis, ya que el tema de la regulación del capitalismo es el que la distingue en principio del neoliberalismo. Pero al mismo tiempo, la socialdemocracia se niega a imponer tal regulación porque sigue postulando la posibilidad de un compromiso que está fuera de su alcance.

En realidad, en el fondo solo hay dos trayectorias coherentes. La primera es la de una «refundación del capitalismo», para retomar el título pomposo del partido de Sarkozy. Pero sólo se trataría de arreglos cosméticos que conservan lo esencial, y en ese terreno los socioliberales están pillados a contrapié. La segunda vía es la de una transformación de la resistencia a los

efectos de la crisis con un cuestionamiento global de la propiedad privada. En el primer escenario, se irá de nuevo del crack a la recesión, y las tendencias más regresivas del capital continuarán causando estragos. En el segundo, se pondría en marcha un proceso de contenido forzosamente anticapitalista. Esos dos escenarios se diferencian también por la forma de afrontar los desafíos ambientales: respuestas mercantiles, parciales y discriminatorias en un caso, planificación en el otro.

Objetivos sociales y vías alternativas

Una gran incertidumbre recae sobre la trayectoria de la economía mundial. Pero hay algo cierto: las clases dominantes van a hacer todo lo posible para proyectar los efectos de la crisis sobre los asalariados y sobre la mayoría de la población: despidos, congelación de salarios y de los presupuestos sociales, ruina de los jubilados debido a las pérdidas registradas por los fondos de pensión. Pero para impedir que los capitalistas restablezcan sus ganancias en detrimento del bienestar social existen tres ejes principales de respuesta.

El primero es la nacionalización integral de los bancos y las aseguradoras. No se trata aquí de hacer una promesa ilusoria sino simplemente de dar una respuesta coherente a la crisis financiera. Una nacionalización que no fuese parcial y que no se limitara a tomar participaciones provisionales con fondos públicos sería verdaderamente la única vía que permitiría «abrir los libros de cuentas», consolidar los créditos cruzados, salvar a las víctimas de la estafa de las *subprimes* en vez de preservar los dividendos bancarios. Pero es también el único medio de «regular» verdaderamente las finanzas y de hacer del crédito y del seguro verdaderos servicios públicos, extensible, por cierto, a escala europea.

Esa nacionalización debería desembocar en la creación de un polo financiero público, reconociendo así que el crédito y el seguro atañen al servicio público. La crisis actual ha demostrado que las finanzas privadas conducen a la catástrofe social. Falta, en suma, rehabilitar la idea de un crédito duraderamente nacionalizado, lo cual sólo es posible instaurando una gestión democrática que ponga el crédito al servicio de las prioridades sociales.

El segundo eje se refiere a la distribución de la riqueza y se basa en una idea sencilla. Si hay recesión sería intolerable que los asalariados vieran degradada aún más su situación únicamente para que las empresas puedan continuar pagando dividendos. El medio más asequible de garantizar esa exigencia es proponer un plan de transferencia de los dividendos hacia un fondo para el empleo y los salarios, administrado por los trabajadores. Al mismo tiempo –y aquí se trata de una medida de urgencia mínima–, el mantenimiento del poder adquisitivo debería ser garantizado por la escala móvil de los salarios, en otras palabras, por su indicación en relación con los precios.

El tercer eje es la reducción del tiempo de trabajo como medio de evitar una nueva ola de despidos y de crear un puente hacia un proyecto de sociedad donde el tiempo libre sería una utilización prioritaria de las mejoras de productividad. Resulta impresionante constatar que en los años 1930 ese fue uno de los dispositivos que de hecho impidió en los Estados Unidos una regresión aún mayor del empleo¹⁴. Es la vieja idea de la escala móvil de las horas de trabajo que Trotsky definía como sigue: «El trabajo existente es repartido entre todas las manos obreras existentes y es así como se determina la duración de la semana de trabajo. El salario de cada trabajador debe ser el mismo que con la jornada antigua. Los salarios, una vez garantizado estrictamente un *salario mínimo*, deben seguir el movimiento de los precios. No es posible aceptar ningún otro programa para el actual período de transición»¹⁵.

En los tres casos, hay un principio esencial que debe defenderse, el del control democrático. Corresponde a la idea perfectamente legítima según la cual los asalariados no deben pagar los gastos del salvamento del capitalismo y que, por tanto, deben tener el derecho de conocer las medidas tomadas, así como al reparto de la riqueza. La crisis del capitalismo no implica mecánicamente una mejor correlación de fuerzas a favor de los trabajadores; por el contrario, tiene todas las posibilidades de ser el pretexto para nuevos retrocesos sociales. Pero el descalabro del sistema abre al mismo tiempo un espacio nuevo a las luchas sociales que serán más victoriosas y portadoras de futuro en la medida en que asuman una declarada dimensión anticapitalista.

Estas perspectivas no son en sí anticapitalistas, pero pueden contribuir a la brusca oscilación que hace pasar de la lucha contra los efectos de la crisis a la alternativa social. El capitalismo ha sufrido una derrota ideológica y su retórica ya no engaña a nadie: es un sistema inicuo, ineficaz y peligroso. He ahí un primer punto de apoyo. El segundo es la desconfianza masiva que se ha instaurado: cada cual comprende perfectamente que se hará todo lo posible para que la mayoría de la población pague los platos rotos por una minoría de delincuentes. Por ello la idea de un control democrático es hoy fundamental: los ciudadanos tienen el derecho de controlar a dónde va su dinero, los asalariados tienen el derecho de controlar la distribución del valor añadido. Por consiguiente, hay que encontrar reivindicaciones portadoras de esa exigencia: por ejemplo, las ayudas públicas deberían suprimirse en las empresas donde los asalariados constatan que su poder adquisitivo no se ha mantenido.

La crisis coloca en el orden del día el cuestionamiento del sistema capitalista. Hay que insistir en su dimensión sistémica, muy bien ilustrada por los acontecimientos recientes. El capitalismo hoy se opone claramente a la satisfacción de derechos: derecho a la alimentación, al empleo, a ingresos decorosos, a una distribución equitativa de éstos. Es también el capitalismo el que obstaculiza un control coordinado del cambio climático a nivel planetario. Asimismo, debe rechazarse la línea de defensa actual que consiste en refugiarse detrás de una oposición ilusoria entre un capitalismo productivo «bueno» y un capitalismo financiero «malo»: son las dos caras de la misma moneda. Después de haber desbrozado así el terreno ideológico, falta por organizar las formas de movilización que permitan pasar de la autodefensa contra los efectos de la crisis a la ofensiva anticapitalista.

Notas

1. Este artículo es una versión ligeramente enmendada de: Michel Husson, «Les enjeux de la crisis», *La Brèche* n°4, 2008
2. «We have to pay for the sins of the past», enero 2008, <http://tinyurl.com/6qvz5v>
3. Michel Husson, «La subida tendencial de la tasa de explotación», *VientoSur*, junio 2008, <http://www.vientosur.info/documentos/Husson.pdf>. Este documento es el primer capítulo del libro *Un pur capitalisme*, reproducido con la amable autorización de las Editions Page Deux.
4. FMI, *World Economic Outlook Update*, November 6, 2008, <http://tinyurl.com/weouupdate>
5. Michel Husson, «Etats-Unis: la fin d'un modèle», *La Brèche* n°3, 2008, <http://hussonet.free.fr/usbrech3.pdf>
6. Frédéric Lordon, *Quatre principes et neuf propositions pour en finir avec les crises financières*, Les blogs du Diplo, abril 2008, <http://tinyurl.com/lordon>
7. *Discours de M. le Président de la République*, Zénith de Toulon, jueves 25 septiembre 2008, <http://gesd.free.fr/sarkotoulon.pdf>
8. Patrick Artus, *Le but ultime du plan de sauvetage des banques aux Etats-Unis*, septiembre 2008, <http://gesd.free.fr/but700.pdf>
9. Incluso si no está exento de errores de pronóstico bastante espectaculares: «No es con un monto semejante que se destruyen las finanzas internacionales», asegura él al inicio de la crisis de las *subprimes*, *Les Echos*, 13 août 2007, <http://gesd.free.fr/artus807.pdf> ; y más recientemente: «El affaire de las *subprimes* está tranquilamente en el espejo retrovisor (...) No hay crisis bursátil, no estamos en 1929, ni siquiera en 2001, los inversionistas van a regresar», *Challenges*, 28 agosto 2008, <http://tinyurl.com/artus8>
10. Patrick Artus, «Quels sont les facteurs qui rendent possibles le modèle "japonais" ou "anti-fordiste"?», octubre 2008, <http://gesd.free.fr/flas8456.pdf>
11. Patrick Artus, «La concurrence pour les exportations», septiembre 2008, <http://gesd.free.fr/flas8411.pdf>
12. Paul Krugman, «Let's Get Fiscal», *The New York Times*, 17 octubre 2008, <http://www.truthout.org/101708B>
13. Bernard Guetta, «La réinvention de l'Europe», *Libération*, 15 octubre 2008, <http://gesd.free.fr/euroguetta.pdf>
14. Es interesante observar que ese es uno de los principales reproches que Ben Bernanke, el actual presidente de la Fed, hacía a la política de Roosevelt; véase Robert A. Margo, «Review of Bernanke, Ben S., *Essays on the Great Depression*», <http://tinyurl.com/59exbe>
15. Leon Trotsky, *Programa de transición*, 1938, <http://tinyurl.com/trans38e>